

# Man Ray

*La estrella de mar* 1928



El poeta Robert Desnos fue, durante un cierto tiempo, uno de los intérpretes más brillantes del surrealismo. Después de cualquier reunión en casa de Breton, era capaz de entrar en trance, desgranar anagramas, o series enteras de poemas, que escribía incluso recitándolos (...).

Periodista, crítico de teatro, literatura y arte, Desnos apenas se ganaba su subsistencia. Una tarde, nos anunció que se iba a hacer un reportaje a las Antillas y que estaría ausente algunos meses. Hicimos una cena de despedida, Desnos y yo, con Kiki y una de sus amigas, de la cual Desnos estaba

enamorado. Estaba muy locuaz al final de la comida y recitó unos versos de Victor Hugo y de otros autores que no eran particularmente santos de la devoción de los surrealistas. Después, sacó de su bolsillo una hoja arrugada: era un poema que había escrito ese mismo día. Lo leyó con su voz clara y modulada, dando a su poema un sentido que no habría podido tener para quien lo hubiera leído en un libro (...).

El poema de Desnos parecía el guión de un film. Constaba de quince o veinte versos; cada uno presentaba una imagen nítida, despegada, de un lugar, de un hombre o de una mujer. No había acción dramática, pero todos los elementos de una posible acción estaban en él. El poema se titulaba *L'Étoile de mer*. En la calle, una mujer vende periódicos. En un puesto a su lado, hay una pila de periódicos, sujetos por un tarro de vidrio que contiene una estrella de mar. Aparece un hombre que recoge el tarro; ella recoge sus periódicos; se van juntos, entran en una casa, suben un piso y penetran en una habitación. Hay una cama en un rincón. La mujer deja caer los periódicos, se desviste delante del hombre y se tiende desnuda sobre la cama. Él la mira, se levanta de su silla, toma la mano de la mujer y besándola, le dice adiós. Y se va, llevándose la estrella de mar. En su casa, examina, con cuidado, el tarro y su contenido. Siguen diferentes imágenes: un tren en movimiento, un vapor atracando, el muro de una prisión, un río que corre bajo un puente. Imágenes de la mujer acostada sobre la cama, desnuda, con vaso de vino en la mano; de sus manos, que acarician



una cabeza de hombre apoyada sobre sus rodillas; de la mujer subiendo la escalera con un puñal; o de pie, envuelta con un paño y tocada con un gorro frigio, símbolo de la libertad; de la mujer sentada delante de una chimenea, reprimiendo un bostezo. Una frase retorna constantemente: *Elle est belle, elle est belle*. Hay otras frases sin relación con el poema, tales como: *Si seulement les fleurs étaient de verre* y *Il faut battre les morts quand ils sont froids*<sup>1</sup>. Una de las imágenes muestra al hombre recogiendo un periódico en la calle y ojeando un gran titular político. El poema concluye con un nuevo encuentro del hombre y la mujer en una alameda. Un recién llegado interviene, coge a la mujer por el brazo y la arrastra. El primer hombre queda entonces inmóvil, desorientado. El rostro de la mujer sola, reaparece, delante de un espejo que, súbitamente rajado, ostenta la palabra *belle*.

¿Mi imaginación estaba estimulada por el vino que había bebido al comer? Siempre me ha conmovido mucho este poema. Lo veía muy bien como film —film surrealista— y le dije a Desnos que, antes de su retorno, yo ya habría hecho un film con su poema. Esa noche, en mi cama, me puse a lamentar ese gesto impetuoso: de nuevo iba a correr tras la luna...

Pero había dado mi palabra; y la mantendría. No pude dormir; anoté algunos detalles prácticos de la realización. Seguramente, no emplearía actores profesionales; elegiría entre mis amigos a aquéllos que me parecieran convenientes para los papeles de la mujer y de los dos hombres. Por otra parte, eso no tenía demasiada importancia: no esperaba depender del talento de los intérpretes; y, poco a poco, descubrí el medio de hacer un film en dicha dirección:

los personajes serían simples marionetas. Kiki se imponía para el papel de la mujer. En cuanto al primer hombre, un alto muchacho rubio que conocíamos, y que habitaba en el edificio de Desnos, se encargaría de resolverlo. El segundo hombre, que no aparecía más que un instante, al final del film, podía ser Robert en persona.

A la mañana siguiente, me preparé a toda prisa para rodar la última escena —la de la mujer y los dos hombres— antes de que Desnos partiera para hacer un reportaje. Después, podría preparar el resto del film y trabajar más tranquilamente. Había que prever una o dos cuestiones bastante delicadas: el desnudo integral no sería nunca admitido por la censura y yo jamás recurriría a los habituales métodos de disimulación parcial que empleaban los cineastas en casos parecidos. No habría ni «flous» ni efectos artísticos de siluetas,

preparé algunas placas de gelatina por impregnación y obtuve un efecto de cristal nublado, a través del cual la foto se parecería a un dibujo o a un cuadro rudimentario. Esto implicó la realización de algunos experimentos laboriosos. Pero acabé por

obtener el resultado deseado. Rodé todas las secuencias en varias semanas. Había bastante para hacer un film de una media hora, pero, a fuerza de podar y rechazar sin piedad los elementos que parecían poco interesantes, reduje mi film a un cuarto de hora solamente. Una vez más, pensé que la brevedad sería una de sus virtudes.

TRADUCCIÓN Ramón Sala

<sup>1</sup> «Ella es bella, ella es bella»; «Si las flores fueran cristal»; «Hay que golpear a los muertos cuando están fríos».

